

mente los niveles soportables de la levedad del ser, y disponerse a levantarse de entre los muertos porque en el mundo hay belleza y hay valor. Por supuesto, el problema existencial de la articulación del peso, de la necesidad y del valor en el destino individual

es un problema estético-pedagógico.

RAFAEL FLOREZ OCHOA
Profesor de la Facultad de Educación, Universidad de Antioquia. Director del Centro de Investigaciones Educativas.

El callejón de los milagros

Mahfuz, Naguib, *El Callejón de los Milagros*, editorial Martínez Roca, Barcelona, 1988.

Una prosa realista y deliciosa nos transporta a un callejón del viejo centro de El Cairo, abigarrado de colores, olores y bullicio, en el que se traman las vidas más diversas de los bajos fondos de la ciudad en su brega por la supervivencia, durante los años cuarenta, en plena guerra mundial, bajo la égida de los ingleses y a la sombra de esa cultura misteriosa de pirámides y esfinges reinspiradas por el Islam. Es difícil olvidar las historias de Hamida la bella novia convertida en prostituta, la del dentista reciclador de cajas sustraídas a los cadáveres del cementerio, la de Zaita

maquillador y manager de los mendigos de la ciudad, la de Kirsha el marihuанero que tracionaba por detrás a su mujer, a la madre de Hamida la casamentera y alcahueta, a Abbas el enamorado bobo y mártir, a la viuda Ufidy que compró nuevo marido, a Salim el comerciante que por viejo verde resultó infartado, y a los sermones y milagros del santo Hussainy que escandalizado por los pecados de sus vecinos del callejón decidió purificarlos a todos elevándose en sacrificio y peregrinación camino a La Meca.

Nada ocurre por fuera de las raíces culturales, de las tradiciones familiares de cada uno, del ambiente del callejón tan encerrado y maloliente, por el que no entra el sol sino al medio día, inscrito en los estrechos espacios de los inquilinatos, de la panadería, de la barbería, del café de la esquina, de la tienda, de la dulcería y del pequeño comercio tradicional que empieza a decaer y resquebrajarse con la invasión tecnológica y electrónica del desarrollo urbanístico y arrollador de la modernidad, cuya comodidad y bienestar transforman sin duda las ilusiones y ambiciones de los jóvenes del barrio últimamente. La prosa de Mahfuz es refrescante, transparente y especialmente sorprendente para un lector colombiano y antioqueño, por la asombrosa coincidencia de valores, de enfoques y concepciones culturales, como si las historias de Mahfuz se sucedieran hoy en un callejón de Manrique en la ciudad de Medellín. Es como si los colonizadores de Hispanoamérica hubieran sido más bien árabes.

Especialmente nuestros conceptos acerca del destino, del

mal, del pecado, de la suerte y de la voluntad de “mi Dios”; o nuestros prejuicios machistas, la coquetería femenina, la disyuntiva implacable y obsesiva entre matrimonio o prostitución; las pretensiones de venganza por el honor propio mancillado o el de la amada que se ha entregado en brazos ajenos; en fin, una cierta indolencia en el trabajo combinado con una cierta picardía para los negocios son también patrimonio cultural de algunos sectores de nuestra antioqueñidad, hoy día tan distorsionada y adolorida. ¿Herencia árabe, quizás? Bueno, esto es problema de antropólogos e historiadores, pero es también una oportunidad excelente para que maestros y pedagogos asumamos con sentido relativo el carácter histórico de nuestras creencias y valores, y entendamos cuán poco inteligente es el trabajo del maestro cuando trata de imponer a los alumnos sus propios valores.

En fin, Naguib Mahfuz es un egipcio nacido en El Cairo en 1911, graduado en filosofía, considerado el padre de la novela árabe contemporánea, ha publicado

más de treinta obras, en 1972 ganó el premio Nacional de Letras y en 1988 el premio Nobel de Literatura.

RAFAEL FLOREZ OCHOA
Profesor de la Facultad de Educación, Universidad de Antioquia. Director del Centro de Investigaciones Educativas